

Recensión

Josefina Barojas Sánchez

Autor: Marc Augé.

Libro: *Los nuevos miedos*.

1ª edición, Argentina, 2014.

Editorial: Paidós.

Año: 2014.

Traducción del francés al español: Alcira Bixio

Campo del saber: Sociología de la Cultura.

Marc Augé,¹ antropólogo francés nacido en Poitiers en 1935, especializado en etnología, ha impartido clases de esta disciplina y de antropología en la École des hautes études en sciences sociales (EHESS) de París. Ha sido responsable de diversas investigaciones en el Centre national de la recherche scientifique (CNRS) y ha publicado *Travesía por los jardines de Luxemburgo*, *El viajero subterráneo*, *Los no lugares*, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, *Dios como objeto*, *La guerra de los sueños*, *El viaje imposible*, *Las formas del olvido*, además de la obra que a continuación se reseña: *Los nuevos miedos*.

¿Qué deja este libro al lector? Un caleidoscopio de imágenes que revelan la complejidad del mundo contemporáneo. La vida, dice Augé, está llena de miedos; miedos que la atraviesan y revisten, al tiempo que se encuentra regida por dos grandes producciones: la económica y la tecnológica. Como consecuencia se instalan prácticas laborales y estilos de vida. Deviene la violencia en diferentes manifestaciones: la económica y social, la que tiene forma de racismo o terrorismo, la tecnológica, y la natural, constituida de los fenómenos naturales. Esta última deriva de las primeras.

Todas esas formas de violencia conducen al individuo a un estado de permanente estrés. El mundo contemporáneo se ha convertido en escenario de tensiones, inseguridades, tristeza y aflicción. El miedo, asimismo, no aparece como algo singular, más bien se comparte y difunde de manera generalizada. Los medios de comunicación se encargan de ello.

Los despidos masivos y los salarios precarios son indicio de que

¹Wikipedia, [en línea], http://es.wikipedia.org/wiki/Marc_Aug%C3%A9, consulta del 12 abril de 2015.

también el mundo laboral ha mutado. La competitividad que lo domina propicia dos de sus expresiones: la exclusión y el trabajador “desechable”. La edad es un factor de agonía y tormento, y el argumento para los despidos y la no afiliación a las empresas.

El mundo laboral, por otra parte, revela los extremos: la concentración de la riqueza en unos cuantos y los desposeídos, estos últimos, despojados de lo material y desarraigados de sus lugares de origen. La migración es una de las aristas de ese desarraigo. La vida se ha convertido en el ir-y-venir, en un transitar soportado por las ilusiones, cuya pretensión es construir el universo de lo material personificado en el consumo.

El consumismo aspira a dotarse de bienes, pretende la propiedad, aunque en realidad no se es dueño de nada. Pero este mundo material define la vida en y con la familia. La concertación de deudas que no culminan. El acreedor aparece sin rostro a través de una línea telefónica, un rostro de por sí innecesario. Su labor se limita a recordar al comprador la eternidad de la deuda adquirida a través de un diminuto plástico.

El mundo de la tecnología también es engañoso; en él se simula que hay alguien que atiende y entiende, pero se reduce a eso, a una mera figuración. Aparece un énfasis en el desconocimiento del otro hasta que sobreviene la ruptura de vínculos.

Se agudiza la soledad, la depresión y el estrés propios de esta vida. La depresión es el estado natural de esta sociedad. Aunque ésta además fabrica sus padecimientos y sus medicamentos; aunque los alivios que éstos proporcionan sean efímeros.

Esta sociedad ostenta su conformación: los pocos que concentran el poder, los que consumen y los excluidos del consumismo. Para estos últimos se han ideado los programas asistencialistas. Sin embargo, es una situación que fácilmente cambia puesto que la línea que separa a consumidores y excluidos es inestable y frágil.

El cuerpo, asimismo, ocupa un lugar en este mundo material. Se experimenta entre una preocupación excesiva, la necesidad imperiosa de hacerlo asequible a ese mundo, y el miedo ante cualquier atisbo que atente contra su aniquilación. El desasosiego por el envejecimiento se materializa en dos miedos: el primero es a la muerte, y el segundo a ser rechazado en los espacios laborales, a dejar de ser “productivo para el sistema”. Hoy domina la persecución y vigilancia que exigen responder a parámetros de productividad que sólo desgastan física y psicológicamente a los sujetos. Los miedos surgen de la ignorancia y del conocimiento: ambos son peligrosos.

Los enfrentamientos generacionales, por otra parte, conducen a percibirse en desventaja unos frente a otros, sea por el mundo material, sea por la tecnología. Lo cierto es que se vive en ausencia de acuerdos generacionales, lo que ha roto el diálogo y ha dado entrada a la disputa y la desconfianza.

La sociedad contemporánea está caracterizada por la violencia, la cual se manifiesta en lo macro y lo microsocioal; se desliza hasta los lugares más recónditos de un mundo sometido a la incomunicación. Los miedos ya no son por la muerte, señala Augé. Los miedos están en relación con lo que hoy se vive, con qué y con quién se vive.

Estamos a expensas de un bombardeo de estímulos que van desde el exceso de imágenes, hasta la fiereza de los ruidos. Y de allí al consumismo encaminado a perderse entre la paquetería y los anuncios de la mercadotecnia. La incorporación al mundo del consumo significa sumergirse en el embelesamiento material. Aludir a los bombardeos nos coloca en las diferencias religiosas que se fundan en aras de la razón y la justicia por la vida. Aunque las mismas acciones muestren los atentados contra ésta.

Las preocupaciones generacionales son patentes; el futuro se sostiene como palabra, no como acción, no como proyecto hacia el cual avanzar. Los jóvenes intentan sostenerse y sobrevivir. Los adultos se apuran en mantener su permanencia institucional, lo cual es garante de un espacio laboral que amortigua su temor del no pertenecer a nada. Se vive un estado de sí mismo, cuyo propósito es obstaculizar la lectura de su alienación.

Los diálogos generacionales están ausentes, los jóvenes son los conoedores y los sabios en medios de comunicación. Los adultos son los que enuncian los pasajes de una vida extraña al mundo presente. Son los que materializan los miedos pero también los sueños, las pesadillas que restituyen en mejores amaneceres. A los jóvenes se les ha arrebatado pensar el futuro. El futuro se convirtió en su presente.

El individuo puede identificar y manejar sus miedos, dice Augé. Sin embargo, para lo que no está preparado es para manejar la ruptura del vínculo social, puesto que representa una manera diferente de incorporar tiempo y espacio. La relevancia del análisis de este autor radica en que vincula el quehacer del antropólogo con las demás ciencias sociales, pues las expresiones sociales no se pueden obviar: “El mundo contemporáneo y su complejidad nos confrontan con una verdadera madeja de miedos, y es justamente a esa madeja que nos tenemos que enfrentar para desenredarla y tratar de analizar sus causas, consecuencias y continuaciones posibles del malestar generalizado que parece permea las sociedades humanas y amenazar su equilibrio”.

■ Josefina Barojas Sánchez

La lectura de Los nuevos miedos de Marc Augé nos enfrenta a un universo de ideas que se sustentan en sólidos argumentos teóricos. Es un texto que alienta a buscar conceptos y a rastrear bibliografía. Pero, sobre todo, se convierte en un diálogo entre autor y lector, en el que descubrimos su propuesta a analizar la complejidad de la sociedad y nuestro lugar frente a ésta.

Josefina Barojas Sánchez
Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, México.
email: barojas642@hotmail.com